

La novia verdadera

Erase una vez una joven muy guapa que se había quedado pronto sin madre, y la madrastra le hacía todo el mal posible. Cuando le mandaba hacer alguna tarea, fuera lo difícil que fuera, ella se ponía a trabajar pacientemente y hacía todo lo que sus fuerzas le permitían. Pero no por ello podía mover a compasión el mal corazón de la mujer: siempre estaba descontenta y nunca le parecía bastante. Cuanto más de prisa trabajaba, más cosas le encargaba, y no pensaba más que en encargarle las tareas más pesadas y amargarle realmente la vida.

Un día le dijo:

—Aquí tienes doce libras de plumas; tienes que quitarles los cañones*, y si esta tarde no has terminado de hacerlo, te daré una buena tunda. A ver si te crees que puedes andar por ahí vagueando todo el día.

La pobre muchacha se puso a trabajar, pero las lágrimas le corrían por las mejillas, pues se daba perfectamente cuenta de que no podría terminar con el trabajo en un día. Cuando tenía ante sí un montoncillo de plumas y suspiraba o, asustada, cruzaba las manos, las plumas volaban, y ella tenía que seleccionarlas y empezar de nuevo.

En esto apoyó el codo en la mesa, puso la cara entre las manos y dijo:

—¿Es que no hay nadie en la tierra de Dios que se compadezca de mí?

Entonces oyó una dulce voz que le decía:

—Consuélate, hija, que he venido a ayudarte.

La muchacha levantó la vista y vio una anciana a su lado.

Cogió a la muchacha dulcemente por la mano y le dijo:

—Cuéntame lo que te pasa.

Como hablaba de manera tan cordial, la muchacha le contó la triste vida que llevaba y cómo le imponían una tarea tras otra para no dejarla terminar con los trabajos encargados.

—Si esta tarde no he terminado con estas plumas, mi madrastra me pegará; me ha amenazado, y bien sé yo que ella cumple su palabra.

Sus lágrimas comenzaron a correr otra vez, pero la buena anciana dijo:

—No te preocupes, hija mía, descansa que yo haré entretanto tu trabajo.



La muchacha se echó en la cama y se durmió. La anciana se sentó en la mesa ante las plumas y, ¡ay!, cómo volaban de los cañones que ella apenas tocaba con sus flacas manos. Rápidamente terminó con las doce libras. Cuando la muchacha se despertó, vio apiñados grandes montones blancos como la nieve, y todo estaba perfectamente ordenado en la habitación; pero la anciana había desaparecido.

La muchacha dio gracias a Dios y estuvo allí tranquila hasta que llegó la tarde.

Entonces entró la madrastra y se asombró al ver el trabajo acabado.

—¿Ves lo que puede hacerse cuando una es hacendosa? —dijo ella—. ¿No podías haber hecho algo más en vez de estarte ahí mano sobre mano?

Cuando salió, dijo ella:

—Esta criatura vale para algo más que comer pan: le tengo que encargar trabajos más difíciles.

A la mañana siguiente llamó a la muchacha y dijo:

—Toma este cucharón y saca el agua del gran estanque que hay en el jardín. Y si por la noche no has acabado, prepárate.

La joven cogió el cucharón y vio que estaba agujereado; pero, aunque no lo hubiera estado, habría sido imposible vaciar el estanque. Se puso rápidamente al trabajo, se arrodilló ante el agua, en la que caían sus lágrimas, y empezó a sacar agua.

Pero la buena anciana apareció de nuevo, y cuando supo la causa de su preocupación dijo:

—Consuélate, hija mía, vete al matorral y échate a dormir que yo haré el trabajo.

En cuanto se quedó sola no hizo más que tocar el estanque y, como si fuera vapor, el agua ascendió hacia arriba y se mezcló con las nubes. Poco a poco se vació el estanque y, cuando la muchacha se despertó a la puesta de sol y fue allí, no vio más que los peces agitándose en el lodo.

Entonces fue a ver a su madrastra y le dijo que había terminado el trabajo.

—Podías haberlo terminado mucho antes —dijo.

Pálida de ira, se puso a buscar algo nuevo.

Al tercer día le dijo a la muchacha:

—Ve ahí, a la llanura, y constrúyeme un hermoso castillo: tiene que estar terminado al atardecer.

La muchacha se asustó y dijo:

—¿Pero cómo voy a llevar a cabo una obra tan grande?



La novia verdadera

—¡No admito réplica! —gritó la madrastra—. Si has podido vaciar un estanque con una cuchara agujereada, también podrás construir un castillo. Hoy mismo quiero ocuparlo y, como falte lo más mínimo, ya sea en la cocina o en la bodega, ya sabes lo que te espera.

Y mandó a la muchacha, que, al llegar al valle, vio las rocas apiladas una encima de otra; con todas sus fuerzas no hubiera podido mover la más pequeña. Se sentó, llorando, aunque confiaba en la ayuda de la anciana, la cual no se hizo esperar mucho tiempo. Llegó y le habló consolándola:

—Echate ahí a la sombra y duerme, que yo te haré el palacio. Y, si te apetece, podrás vivir también en él.

En cuanto la muchacha se retiró, la anciana tocó las piedras grises. Rápidamente se movieron, se juntaron y colocaron como si fueran gigantes quienes habían construido los muros; sobre ellos se alzó el edificio y parecía que innumerables manos trabajaban invisiblemente poniendo piedra sobre piedra. El suelo retumbó, grandes columnas se pusieron de pie por sí mismas y se colocaban en orden una tras otra. En el tejado se colocaron las tejas ordenadamente y, a mediodía, se movía ya la gran veleta en la punta de la torre, como una doncella de oro con ropajes al viento. El interior del palacio estuvo terminado por la tarde. Cómo lo hizo la anciana, no lo sé: las paredes de las habitaciones estaban cubiertas de seda y terciopelo; había sillas bordadas en colores y sillones ricamente adornados junto a las mesas de mármol; arañas de cristal colgaban del techo y se reflejaban en el brillante suelo; había papagayos verdes metidos en jaulas de oro y pájaros exóticos cantando agradablemente; por todos los sitios había tanto lujo como si fuera a entrar un rey. Al crepúsculo se despertó la muchacha y la deslumbró el brillo de miles de luces. Con rápidos pasos se acercó y entró por la puerta abierta del palacio. La escalera estaba tapizada con paño rojo y la barandilla adornada con árboles en flor.

Al ver el lujo de los cuartos se quedó de piedra. Quién sabe cuánto tiempo hubiera estado allí si de pronto no se hubiera acordado de su madrastra.

—«¡Ay! —se dijo ella—. ¡Si al fin se diese por contenta y no convirtiera mi vida en un martirio!»

La muchacha se fue y le mostró que el palacio estaba ya listo.

—Me voy a él rápidamente —dijo ella, levantándose de su sitio.

Cuando entró en el palacio, tuvo que ponerse la mano ante los ojos, de tanto como le cegaba su resplandor.



—¿Ves lo fácil que te ha sido? —le dijo a la muchacha—. Debería haberte mandado algo más difícil.

Fue por todos los cuartos y escudriñó por todas las esquinas para ver si faltaba algo, pero no pudo encontrar ningún fallo.

—Ahora vamos a bajar —dijo, mirando a la muchacha con una mirada aviesa—. Hay que inspeccionar todavía la cocina y la bodega y, como hayas olvidado algo, no te escaparás del castigo.

Pero el fuego ardía en el fogón, la comida cocía en las ollas, la pala y el cubo estaban allí, en las paredes brillaba la vajilla de latón y no faltaba nada, incluso había un cajón de carbón y un cubo para el agua.

—¿Dónde está la entrada a la bodega? —preguntó ella—. Si no está bien repleta de toneles de vino, lo pasarás mal.

Ella misma levantó la trampilla y bajó la escalera, pero apenas había dado dos pasos, la pesada trampilla, que no estaba más que apoyada, cayó encima de ella. La muchacha oyó el grito y levantó rápidamente la puerta para ir en su ayuda, pero ella se había caído y yacía muerta en el suelo.

Ahora el palacio pertenecía a la muchacha. Al principio no sabía qué hacer con tanta felicidad: en los armarios colgaban bellos trajes, las arcas estaban llenas de oro, plata, perlas y piedras preciosas, y no podía formular un deseo que no fuera cumplido. Rápidamente se extendió la fama de la belleza y riqueza de la joven por todo el mundo. Todos los días se presentaba un pretendiente, pero no le gustaba ninguno. Finalmente llegó un príncipe que supo ganar su corazón y ella se prometió con él.

Había un hermoso tilo en el jardín. Un día, estando sentados los dos solos a su sombra, dijo él:

—Voy a ir a mi patria y pedir permiso a mi padre para casarnos. Te ruego que me esperes bajo este tilo: en pocas horas estaré de vuelta.

La muchacha le besó en la mejilla izquierda y dijo:

—Sé siempre fiel a mí y no te dejes besar por ninguna otra en esta mejilla. Te esperaré bajo el tilo hasta que vuelvas.

La muchacha permaneció bajo el tilo hasta que se puso el sol, pero él no regresó. Estuvo sentada durante tres días de la mañana a la tarde, esperándole, pero en vano. Cuando al cuarto día todavía no había vuelto, dijo ella:

—Seguro que le ha pasado una desgracia. Iré a buscarlo y no regresaré hasta que lo haya encontrado.

Empaquetó tres de sus trajes más hermosos, uno bordado con tres estrellas brillantes, el segundo con lunas de plata, y el tercero



La novia verdadera

con soles de oro, envolvió en el pañuelo un puñado de piedras preciosas y se puso en camino. Preguntó en todas partes por su prometido, pero nadie lo había visto y nadie sabía nada de él. Caminó a lo largo y ancho del mundo, pero no lo encontró. Finalmente se ajustó de pastora con un campesino y escondió sus trajes y piedras preciosas bajo una piedra.

Ahora vivía como una pastora, guardando sus rebaños, pero estaba triste y llena de nostalgia por su amado. Tenía una ternerilla, que se acostumbró a ella, la llevaba de la mano y, cuando ella decía:

—Ternerilla, ternerilla,
no olvides a tu pastora,
como olvidó bajo el tilo
aquel príncipe a su novia,

entonces la ternerilla se tumbaba y ella la acariciaba.

Llevaba viviendo unos cuantos años en soledad y llena de pena cuando se extendió por todo el país el rumor de que la hija del rey iba a celebrar su boda. El camino hasta la ciudad pasaba por la aldea donde vivía la muchacha, y sucedió que, una vez que conducía sus rebaños, pasó el novio por allí. El iba sentado arrogantemente en su caballo y no la vio, pero ella sí lo vio y entonces reconoció a su amado. Fue como si un agudo cuchillo se le clavase en el corazón.

—¡Ay! —dijo—. ¡Y yo que creía que él me había sido fiel! Pero me ha olvidado.

Al día siguiente volvió él por el mismo camino. Cuando él estaba cerca, ella dijo a la ternerilla:

—Ternerilla, ternerilla,
no olvides a tu pastora,
como olvidó bajo el tilo
aquel príncipe a su novia.

Al oír su voz bajó la vista y detuvo a su caballo. Miró a la cara a la pastora y se puso la mano ante los ojos como si quisiera recordar algo, pero siguió cabalgando rápidamente y desapareció en seguida.

—¡Ay! —dijo ella—. ¡Ya no me reconoce!

Y su dolor era cada vez mayor.

Poco después iba a celebrarse en la corte del rey una gran fiesta, que iba a durar tres días.

«Ahora voy ya a intentar lo último», pensó la muchacha.



Al anochecer se dirigió a la piedra bajo la cual había enterrado sus tesoros, sacó el traje de los soles de oro, se lo puso y se adornó con las piedras preciosas. Desató sus cabellos, que los llevaba atados bajo un pañuelo, y cayeron en grandes rizos. Así se dirigió a la ciudad, sin que nadie la viera, gracias a la oscuridad reinante. Cuando entró en la sala bien iluminada, todos retrocedieron de admiración, pero nadie sabía quién era. El príncipe le salió al encuentro, pero no la reconoció. La invitó a bailar y estaba tan admirado de su belleza que no pensaba para nada en la otra prometida. Al terminar la fiesta, ella se perdió entre la multitud y se apresuró a regresar al pueblo antes de la salida del sol y allí volvió a ponerse su traje de pastora.

Al día siguiente tomó el traje de las lunas de plata y se colocó una media luna de piedras preciosas en su cabello.

Cuando apareció en la fiesta, todos los ojos se volvieron hacia ella; el príncipe se dirigió a ella totalmente inflamado de amor. Antes de marcharse le hizo prometer que asistiría a la fiesta la última noche.

La tercera vez apareció con el traje de estrellas, que brillaba a cada paso que daba, y su cinta del pelo y el cinturón eran estrellas de piedras preciosas. El príncipe había estado esperándola largo rato y se apresuró a salirle al paso.

—Dime solamente quién eres —le dijo—. Tengo la sensación de haberte conocido antes.

—¿No sabes —contestó ella— lo que hice cuando te separaste de mí?

En ese momento se acercó a él y le besó en la mejilla izquierda. Entonces le pareció que se le caía la venda de los ojos y reconoció a su verdadera novia.

—Ven —dijo—. No quiero seguir más tiempo aquí.

Y cogiéndola de la mano, la llevó al carruaje.

Como si estuvieran uncidos por el viento, los caballos fueron velozmente al palacio maravilloso. Las ventanas iluminadas relucían desde lejos. Cuando pasaron por el tilo se movían en él montones de luciérnagas, mientras el tilo agitaba sus ramas despidiendo un intenso aroma. En la escalera florecían los árboles, en las habitaciones resonaba el canto de los pájaros exóticos, en la sala estaba toda la corte reunida y el sacerdote esperaba para casar al novio con la verdadera novia.

